

PINCELADAS DE BASCONIA



LAS ROMERÍAS

(A D. ANTONIO ARZÁC)

Es uno de los cuadros más hermosos, alegres y clásicos de la tierra euskara. Allí aparece en sugestivo relieve el espíritu y la manera de ser del país bascongado. El casero es el factor más importante de nuestras romerías, que tanto han llamado la atención del forastero y ha sido el estudio de grandes filósofos. Aunque para muchas imaginaciones pesimistas no existe la antigua pureza de costumbres que se observaba en las excursiones y romerías á los santuarios y ermitas, aunque se ha perdido bastante de lo bueno que conservábamos como tesoro de incalculable valor, efecto sin duda alguna á más de una causa principalísima y que constituía la base y cimiento del edificio del solar bascongado, á la de las nuevas corrientes de vida, las distintas comunicaciones con sin fin de países, los nuevos adelantos y desarrollo de la industria, y por lo tanto aumento de un contingente de extraños al país y manera de vivir euskaldunas; aunque el amor á todo lo nuestro que es grande y hermoso como el sol, y nítido como la luna, no es tan patente y fogoso como debiera serlo; no obstante todavía queda algo, mucho; todavía nuestras romerías constituyen como la apoteosis del vivir de una raza, todavía son de ver los habitantes de nuestros baserris divirtiéndose al son de un llamativo castañeteo y danzando en armonioso conjunto con sencillas mujeres de nuestras aldeas.

Lezo, los dos Pasajes, Rentería, Alza, Hernani, Iziar, Guadalupe, Aranzazu y Urnieta en Guipúzcoa; San Antonio de Urquiola, San Miguel de Excelsis, Nuestra señora de la Encina y otras renombradas en

las provincias hermanas, son las más frecuentadas por los romeros, á las que mayor afluencia de gente concurre, y en las que resplandece como en un espejo la sencillez y moralidad que brillan en la constitución de la familia euskalduna.

Al alba bajan ya de las montañas las parejas de jóvenes por un lado, alegres y contentas, dirigiéndose inocentes risas, secundadas por llamativas carcajadas, traspasando los manzanales, dirigiéndose por los senderos, salvando los zarzales, desafiando á la intemperie y guiados por los albores del día que comienza; los viejos salen de sus caseríos coronados por la argentina y pálida luz de las últimas estrellas; las mujeres con sus rostros sombreados por negra mantilla, llevan cual valiosa joya la ofrenda que han de colocar en el umbral de los altares del santuario; los varones apoyados sobre altas *makillas* las acompañan con sus rostros cuidadosamente rasurados, su limpio vestir y sus clásicas *abarkas*, al rezo del santo rosario y edificantes conversaciones, entrecortadas á veces en verso, por agudezas de buena ley, hijas de una franca y santa alegría.

La antigua iglesia aparece de madrugada nutridamente iluminada y á medida que llegan los romeros se convierte en ascua casi interminable, efecto del sinnúmero de velas que ofrecen al santo de su predilección.

Bajo la bóveda del santuario están congregados multitud de romeros. Tanto las puertas laterales como la central, se encuentran abiertas depar en par. El edificio rebosa de gente. El espectáculo es genuinamente consolador, digno de que se le admire de rodillas. No hay fastuosidad, lujo, exuberancia; todo es sencillo, natural, netamente elocuente. La muchedumbre espera; los unos rezando, los otros leyendo libros de devoción y todos guardando el recogimiento y silencio debidos.

Las entradas y salidas en la iglesia se suceden hasta el momento de la celebración de la solemne Misa mayor; pero todo se hace con el mayor orden, como si se tratara de una orden religiosa, con su rezar tranquilo y sosegado.

El repique de las antiguas campanas anuncia el comienzo de la Misa, y al último toque apenas si en la aldea queda nadie que deje de acudir. El golpe de vista de nuestros santuarios es entonces imponente; las voces del coro unidas á la majestuosidad del órgano conmueven sobremanera, y aquellas innumerables luces iluminan esplendorosa-

mente en todos los ámbitos del templo. Parece que todo, unido armoniosamente á aquel conjunto de hombres y mujeres, canta al unísono las glorias sublimes del Creador. La bendición del párroco, unida al cantar de la marcha de San Ignacio, pone digno remate á acto tan cristiano y enternecedor.

Ya salen, ya salen todos, satisfechos, envueltos en el lábaro del más puro regocijo, saludándose unos á otros, dirigiéndose miradas de amor, dándose las manos las mujeres y como apoyándose unos en otros los hombres, en fraternales grupos, marchando entre hurras y gritos por todas las cercanías y plazas de la aldea. En algunas de ellas báilanse preciosos *aurreakus* y danzas á la antigua usanza, amenizados por el clásico tamboril, pero en todas reina sano entusiasmo, realizado por garbosos *irrintzis*, que son la algazara de la juventud de los caseríos.

Entre tal entretenimiento y placer, entre tan honesto divertir, llega el mediodía al toque de las campanadas del *Angelus* y aquella multitud de personas que rompía en bulliciosa expansión, se detiene, y en medio del silencio más solemne descubren sus cabezas y con el rezo de la clásica y dulcísima plegaria responden al maternal toque de la campana.

Es la hora de la comida. El *Angelus* recitado por uno de los más venerables ancianos de los que tanto acuden á las romerías y contestado por todos los comensales es la bendición y comienzo de la *opipara* comida. El chocar de los cubiertos y platos, el murmullo de las conversaciones, el lamar de los unos á los otros: todo repercute como lejanos ruidos por los espacios de la solitaria aldea.

Durante la comida, no resuena la voz ni el canto de báquicas fiestas; ni se entonan himnos eróticos al dios de la embriaguez; ni se oye el clamoreo de exaltadas voces; ni los gestos de sensualismos y placeres conducen á desafíos ni encuentros; ni los jolgorios terminan en delirio ni devaneos atroces; ni las miradas son voluptuosas. Todo es pulcro, altamente moral y alegre, pero alegre á manera del canto de nuestras montañas, de la melodía del serpenteo de los arroyos, de las juguetonas florecillas de las praderas, de la extraña música de resonantes é impetuosas cascadas, del perfume de árboles frutales y de todas las campiñas.

Al final de la comida, es raro que no exista entre tanto bascongado, *chistularis* ó dulzaineros que con sus instrumentos típicos hagan

danzar y divertirse á todos los concurrentes. En general, ellos son los que con ayuda de la *filarmónica* hacen organizar parejas que alegran faustamente la fiesta de la tarde. Los unos y las otras forman un gran corro que constituye el bailar más inocente y placentero; ellos, mirando á sus parejas, bailan al son de rítmico castañeteo, en medio de aglomerados grupos y e entusiasmo de todos los concurrentes. ¡Fiesta consoladora, en donde lo moral y lo alegre corren parejas de la manera más deliciosa! ¡Manifestación inimitable del vivir de la raza de Basconia!

El día declina; el sol corre hácia el ocaso y la aldea va adquiriendo su vida normal, su tranquilidad propia, su ser habitual.

Van retirándose los romeros: van los habitantes de nuestros case-ríoscon aquellas almas de fuego que destilan vida y entusiasmo; van formando hileras ordenadas de hombres y mujeres, bailando y saltando al toque de las *filarmónicas*; van hácia sus hogares, repitiendo aquellos *¡aufas!* que se gritan bajo los cielos de Euskaria y los *irrintzís* que alegran los espacios; van con la gloria del contento, que germina en el noble solar euskaro.

La romería ha tocado á su término y en los hogares de nuestras montañas se cuentan á las madres y nietezuelos los pormenores y detalles de la feliz excursión. Todo está saturado de un ambiente de paz y amor de familia.

Euskaria vive. En su seno laten las costumbres más tradicionales, dignas del canto inmortal de Iparraguirre.

ADRIÁN DE LOYARTE.

